

A 40 AÑOS DEL GOLPE. HISTORIOGRAFÍA CRÍTICA Y PISTAS DE INVESTIGACIÓN PARA (RE)PENSAR LA UNIDAD POPULAR*

Franck Gaudichaud**

RESUMEN

Cuarenta años después de la caída del Gobierno de Salvador Allende, el historiador posee innegablemente una mayor distancia crítica al momento de hacer surgir algunos de los *paisajes de la verdad* de este período conflictual y fundamental de la historia chilena. Con todo, hoy como ayer, los investigadores que se interesan en la Unidad Popular deben hacer frente a varias escuelas epistemológicas, que coexisten en torno a la interpretación de esos mil días de la revolución chilena. Basado en un amplio estudio bibliográfico, este artículo presenta las principales tendencias interpretativas existentes, recordando que, si los enfoques siguen siendo claramente diferenciados según los autores, la mayoría de las investigaciones han sido dominadas por una visión centrada esencialmente en el campo institucional y los partidos políticos. Por ello, este texto pretende mostrar todo el interés de realizar “un retorno a lo social” para entender este proceso histórico. Orientándose así, hacia estudios que den cabida e *historicidad* a las luchas sociales y a las acciones colectivas protestatarias existentes entre 1970 y 1973.

PALABRAS CLAVE

Historiografía – Movimientos sociales – Chile – Unidad Popular – Salvador Allende.

Recibido: 21 de septiembre de 2013.

ABSTRACT

Forty years after the fall of Salvador Allende's government, we unquestionably have a distance criticizes in order to make re-appear certain *landscapes of the truth* of this conflict period of the Chilean history. However, today like yesterday, the researchers in history and social sciences being interested in the Popular Unit must face inevitable epistemological choices: several historiographic schools are still around the interpretation of this time Latin-American turning point. Based on a long bibliographical study, this article presents the principal interpretative tendencies of the thousand days of the Popular Unit. It recalls that if the theoretical approaches remain rather distinct according to the authors, the majority of the investigations were however dominated by a vision centred over the institutional field and the political parties. As, this text seeks to show all interest as there would be to operate “a return to social” and to study again all their place and their *historicity* with the social fights and the Chilean collective actions between 1970 and 1973.

KEYWORDS

Historiography – Social movements – Chile – Popular Unity – Salvador Allende.

Aprobado: 20 de noviembre de 2013.

* Este artículo es una versión ampliada, corregida y actualizada de un primer ensayo historiográfico publicado en francés, en: *Cahiers des Amériques latines*, núm. 51/52, (París 2006-2007).

** Magister en Historia, Doctor en Ciencia Política (Universidad París 8) y Profesor titular en Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Grenoble (Francia). E-mail: franck.gaudichaud@u-grenoble3.fr

En un ensayo, escrito a mediados de los años 80, el sociólogo franco-brasileiro Michael Löwy escribía que:

“todo conocimiento e interpretación de la realidad social está ligada, de manera directa o indirecta, a una visión social del mundo[...]. Y que, por consiguiente, la verdad objetiva sobre la sociedad no es concebible como una imagen, pero sí como un paisaje pintado por un artista; y que, finalmente, este paisaje será más cierto si el pintor estuviera en un observatorio o un mirador más elevado, permitiéndole una vista más vasta y extendida del panorama irregular y accidentado de la realidad social”¹.

Nos parece que la noción de “paisaje de la verdad” es particularmente pertinente para el objeto de estudio que nos ocuparemos de presentar en este artículo, es decir, una reflexión crítica sobre la historiografía del Chile de la Unidad Popular (1970-1973). Efectivamente, cuarenta años después de la caída del gobierno encabezado por Salvador Allende, gozamos indiscutiblemente de una mayor distancia para abordar el periodo: tomando la metáfora hilada más arriba, podríamos decir entonces que nuestro punto de observación se encuentra suficientemente elevado para continuar, de manera colectiva, balances críticos y hacer resurgir ciertos paisajes de la verdad. Esto ya que, desde hace algunos años, más fuentes escritas son accesibles (aquellas que no fueron destruidas), mientras que los testigos aún en vida ofrecen un vasto campo de investigación, basado en las técnicas de la historia oral. No obstante, hoy como ayer, los investigadores en his-

toria y ciencias sociales que se interesan en la Unidad Popular deben hacer frente a elecciones epistemológicas inevitables y debates necesarios: varias escuelas historiográficas y teorías se codean en torno a la interpretación de esta época bisagra de la historia latinoamericana contemporánea.

Efectivamente, la Unidad Popular marcó el siglo XX. Elegido sobre la base de una importante movilización social, el médico y parlamentario socialista Salvador Allende toma la dirección del gobierno teniendo como ambición llevar a cabo –de manera pacífica– la construcción de un modelo socialista democrático, apostando a la flexibilidad del Estado chileno y la posibilidad de una revolución por etapas. Apoyado en una alianza de izquierda amplia, conformada alrededor de dos grandes partidos obreros, el Partido Comunista y el Partido Socialista, este gobierno será destituido mil días después por un golpe de Estado de corte contrarrevolucionario, cuya dictadura neoliberal será uno de los símbolos del terrorismo de Estado suramericano. Aventurarse en las huellas y semblanzas de esta experiencia de intenso conflicto político y social supone, con anterioridad, lograr el balance de lo que se ha escrito sobre el tema. En las líneas que siguen, trataremos de presentar un esbozo historiográfico crítico basándose en algunas publicaciones claves y, finalmente, avanzando pistas y propuestas para investigaciones futuras. Por este camino, proponemos *mutualizar* algunas reflexiones nacidas de varios años de investigación sobre el proceso revolucionario chileno.

1 Michael Löwy, *Paysages de la vérité. Introduction à une sociologie critique de la connaissance* (Paris: Anthropos, 1985).

I.- PENSAR LA UP: BOSQUEJO DE PRINCIPALES CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS

Un océano bibliográfico.

Primera constatación: la cantidad extraordinaria de libros que abordaron, y en el contexto actual de conmemoración de los cuarenta años, que evocan la Unidad Popular (UP) y la “vía chilena al socialismo”. Esa experiencia sociopolítica impactó de tal manera, y a una escala mundial, fue tan analizada y comentada, que el investigador se encuentra frente a una bibliografía desmesurada. Así, en 1993, Max Nolf pudo detectar más de 200 libros consagrados solamente al Presidente Salvador Allende². Veinte años después esa cifra está muy por debajo de la realidad editorial. Uno de los peligros entonces es “ahogarse” en este océano bibliográfico y, como requisito a todo trabajo serio, es indispensable operar allí una selección previa, cualitativa y cuantitativa. A pesar del carácter a veces arbitrario, y por cierto incompleto, de nuestra clasificación, presentaremos aquí las principales tendencias de análisis y algunas obras entre las más representativas de la literatura sobre este tema.

Podemos elaborar una primera distinción basándose en el carácter científico del escrito, o más bien, observando la seriedad –o no– de la metodología de investigación, la diversidad y el carácter sistémico de las fuentes utilizadas, la

originalidad del trabajo. Durante los años que siguieron el golpe de Estado, numerosos libros fueron redactados por actores “comprometidos”, en la lucha contra la dictadura, estos representan ensayos militantes y testimonios, escritos desde la urgencia de la resistencia política o de la solidaridad internacional. Como lo subrayó el historiador Hugo Cancino, el objeto de la mayoría de esas publicaciones era

“crear un sentimiento de solidaridad con el pueblo chileno, de indignación y de condena moral de la dictadura militar [...]. El género “ensayo” a pesar su tentativa de explicar y formular las hipótesis sobre el curso de la experiencia chilena, sobrepasando así la crónica periodística, no consiste, en la mayoría de los casos, en un trabajo sistemático de las fuentes primarias y secundarias”³.

En esta categoría, encontramos múltiples escritos que hoy aportan poco a los investigadores en términos de datos de primera mano.

Sin embargo, varias de esas publicaciones tienen aún un valor ineludible y fundamental. Redactados por intelectuales, dirigentes partidarios, militantes, que estaban vinculados directa o indirectamente con la UP, nos entregan puntos de vista, vivencias, recuerdos y espacios de una memoria política que sería difícil reconstruir sin esos textos. Es necesario entonces utilizarlos, aunque con precaución, ya que pueden servirnos tanto como archivos históricos (como por ejemplo sobre las representaciones subjetivas de la

2 Max Nolf, *Salvador Allende: el político, el estadista. Bibliografía comentada y temática de más de 200 libros* (Santiago: Coll. Estudio, 1993).

3 Hugo Cancino, *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-73* (Aarhus: Aarhus Universitet Press, 1988).

época) que, como fuente de información. Citemos, como ejemplo, los escritos de un importante asesor político de Allende: el politólogo catalán Joan Garcés. Sus libros sobre el proceso político de la “vía chilena”, re-editados regularmente desde 1974, permiten comprender la posición del gobierno y la apuesta estratégica de la izquierda, como sus dilemas internos frente a la coyuntura⁴. El libro de Carlos Altamirano, entonces secretario general del PS⁵, es también un clásico en este género, al igual que los estudios de uno de los economistas de la UP, Sergio Bitar o aún la compilación de las obras de Pedro Vuskovic, que fue durante un tiempo ministro de economía. Agreguemos el diario del sociólogo francés Alain Touraine, que nos entrega sus reflexiones del día a día, cuando vivía en Chile⁶. Estos textos fueron redactados en los años setenta, pero después, numerosos actores intentaron aportar su grano de arena al edificio de la reconstrucción de la memoria, con la voluntad de explicar los mecanismos sociopolíticos que condujeron al régimen militar del General Pinochet, pero también de explicar y justificar su accionar histórico. Citemos las memorias de los dirigentes del Partido Comunista, principal partido político del país durante la UP y pilar del gobierno popular, tales como Orlando Millas⁷ o Luis Corvalán P.⁸. Otro ejemplo, las conversaciones más recientes de Carlos

Altamirano con Gabriel Salazar⁹ o con la periodista Patricia Politzer¹⁰, nos entregan nuevos elementos tanto sobre los setenta, como sobre la evolución-“renovación” de la izquierda chilena después del golpe y durante la pos-dictadura.

Con el paso del tiempo y más allá de los testimonios o de los ensayos biográficos, los historiadores y académicos se adentraron también en los mil días que separaron la victoria electoral de noviembre 1970 del bombardeo de la Moneda en 1973. No obstante, sería ilusorio trazar una línea muy delimitada entre ensayos y trabajos académicos. A menudo, los primeros universitarios que trabajaron sobre el periodo fueron también, y al mismo tiempo, actores del proceso político chileno y sufrieron, personalmente y/o sus cercanos, la represión y el destierro: retomando estudios y realizando doctorados en el extranjero, empezaron a abrir camino en la historicización de la UP, pero siempre desde su experiencia política y vivencias personales en Chile. Como lo anota J. Rojas F., pensar en periodo de dictadura o desde el exilio político, determinó, sin lugar a dudas, en gran medida la producción intelectual y la manera de pensar históricamente el tiempo presente chileno durante muchos años, y en particular la historia del gobierno de Allende¹¹.

4 Joan Garcés, *El estado y los problemas tácticos del gobierno de Allende* (México: Ediciones siglo XXI, 1974).

5 Carlos Altamirano, *Dialéctica de una derrota* (México: Editorial Siglo XXI, 1977).

6 Alain Touraine, *Vie et mort du Chili populaire, journal sociologique* (París: Seuil, 1973).

7 Orlando Millas, *Memorias, 1957-1991*. Una disgresión (Santiago: CESOC, 2008).

8 Luis Corvalán P., *De lo vivido y lo peleado: memorias* (Santiago: LOM Ediciones, 1997).

9 Gabriel Salazar, *Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias críticas* (Santiago: Editorial Debate, 2000).

10 Patricia Politzer, *Altamirano* (Santiago: Random House Mondadori, 2013).

11 Jorge Rojas F., “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones” en *Revista de Economía & Trabajo*, núm. 10 (Santiago, 2000): 47-117.

Diferentes enfoques epistemológicos para el mismo objeto de estudio.

De manera general, y como todo trabajo de investigación en historia o ciencias sociales, los estudios –pasados o más recientes– consagrados a la Unidad Popular pueden dividirse en grandes corrientes de análisis. La historiografía de este periodo es sumamente conflictual y ha sido fuertemente influenciada por el violento quiebre que representa el golpe de Estado. Hoy en día, los enfoques siguen siendo muy diferenciados y reflejan los distintos acercamientos teóricos, metodológicos e incluso ideológicos de los autores que trabajaron esta historia. En un esclarecedor texto del año 1999, Luís Moulián proponía distinguir tres corrientes historiográficas principales al momento de adentrarse en el periodo de las grandes reformas en Chile, es decir 1964-1973¹². Según él, la inmensa mayoría de los libros centrados sobre la UP se podrían inscribir, de una manera u otra pero según múltiples matices y variaciones, en una de esas tendencias teórico-analíticas fundamentales. No obstante, como los veremos más abajo, es importante subrayar que una nueva generación de investigadores intenta cruzar las fronteras epistemológicas y sobre todo metodológicas, para proponer una renovación de enfoques, estudios de terrenos y análisis.

La primera gran familia epistemológica deriva de la historia tradicionalista y neo-conservadora: sus representantes más

conocidos son Ricardo Krebs y Gonzalo Vial C.¹³. Este último ve en la Unidad Popular, la culminación de la violencia política fomentada principalmente por la izquierda a favor de “modelos o utopías revolucionarias”. El año 1973 representa así el punto culminante de una crisis de autoridad y de los valores morales nacionales, debido a una “sobre-ideologización” del conjunto de la sociedad y a un lento proceso de “decadencia nacional”, que obligó finalmente a las fuerzas armadas a intervenir con el fin de restablecer el orden. Este desorden creciente e incontrolado habría ocurrido, en parte por las reformas sociales y por la acción desestabilizadora de los partidos políticos, todos favorables a los “proyectos globales” de transformación social¹⁴. Encontramos enfoques parecidos en los escritos de Mario Góngora sobre el Estado en Chile. La segunda tendencia historiográfica es “mesohistórica”, y aunque bastante heterogénea, cercana al pensamiento del cristianismo social. Esta corriente estaría encarnada por historiadores como Sergio Villalobos o Cristián Gazmuri y por Genaro Arriagada en el ámbito de las ciencias políticas. Se caracteriza por su interés en las descripciones empíricas, por el lugar dedicado al relato de los hechos (y finalmente por una visión positivista de la historia). Muy fáctico, este tipo de análisis deja poco de espacio a la interpretación global y al debate teórico. La “vía chilena al socialismo” es entonces vista como un camino que conduce de la vía institucional, heredada del gobierno

12 Luís Moulián, “Balance historiográfico sobre los treinta años de la historia chilena”, en Luis Vitale, (ed.), *Para recuperar la memoria histórica: Frei, Allende, Pinochet* (Santiago: Ed. Chile-América/CESOC, 1999), 43-111.

13 El historiador Gonzalo Vial fue un fervoroso defensor de la dictadura, ex-ministro de Educación y autor anónimo del *Libro Blanco* de la junta militar.

14 Gonzalo Vial C., *Historia de Chile* (Santiago: Ed. Santillana, 1981); *Salvador Allende: el fracaso de una ilusión* (Santiago de Chile: Universidad Finis Terrae, Centro de Estudios Bicentenario, 2005).

demócrata cristiano (1964-1970), hasta las veleidades del “poder total”, encarnado por Salvador Allende. Podríamos agregar a esta tendencia, el capítulo XII de la *Historia General de Chile*, publicada por Cambridge University, también influenciada por el sello de una historia esencialmente descriptiva¹⁵. Para terminar esta breve síntesis, el último gran tipo de interpretación subrayado por Luís Moulian es marxista, o utilizando ciertas categorías marxianas. Durante casi tres décadas, el marxismo ortodoxo dominó la historia del movimiento obrero chileno, con autores como Hernán Ramírez Necochea, miembro del PCC. Este marxismo universitario estuvo marcado por el determinismo histórico y una visión teológica de los procesos políticos: “En Chile como bajo otras latitudes, los obreros del sector industrial y minero se transformaron en los grandes protagonistas de la historia de la salvación y de la redención de la humanidad. Esta filosofía de la historia hacía que, de manera casi inevitable, el ordenamiento de los hechos seguiría un desarrollo que avanzaría hasta un final conocido y necesario”¹⁶. Con la caída del muro de Berlín y el descalabro de los “socialismos reales”, tales certezas dogmáticas se desmoronaron. Hasta su fallecimiento en 2010, el principal representante del materialismo histórico en Chile fue Luis Vitale, historiador marxista heterodoxo y prolífico, co-fundador del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) e influenciado por el trotskismo y el guevarismo. Sus últimas contribuciones sobre la UP muestran una

cierta apertura problemática y su voluntad de colaborar con una nueva generación de investigadores¹⁷. Esta corriente concibe la UP como un “periodo pre-revolucionario” y el gobierno Allende como “democrático avanzado” pero prisionero del legalismo burgués y de la táctica de una “revolución por etapas”, desbordada por la dimensión del conflicto de clase. En relación con este enfoque, es indispensable añadir los trabajos más actuales del politólogo Juan Carlos Gómez, que constituyen un aporte importante a la renovación historiográfica de la Unidad Popular, centrando su reflexión sobre el derecho de propiedad en Chile (1925-1973) y viendo cómo la democratización que significó la UP, al tensionar el derecho de propiedad privada, explica en gran parte la opción de las clases dominantes por la instauración de un régimen autoritario¹⁸. Luís Moulián integra también en esta categoría a Gabriel Salazar, premio nacional de historia y representante de la “nueva historia chilena”, aunque no se reivindica del análisis marxiano. En su amplia *Historia de Chile*, co-dirigida con Julio Pinto, insiste –en una perspectiva gramsciana– en las nociones de “clase política civil” y “clase política militar” e inscribe a la UP como continuidad de los frentes populares de los años treinta, describiendo un régimen desarrollista de tipo “nacional-populista en crisis”¹⁹. Por último entre los investigadores de “sensibilidad marxista”, encontramos al sociólogo Tomás Moulián, que trabajó durante largo tiempo con el sociólogo Manuel Garretón, para luego acercarse a

15 Simon Collier y William Sater, *Historia de Chile: 1909-1994* (Madrid: Cambridge University Press, 1999).

16 Jorge Rojas F., “Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones”, en *Revista de Economía y Trabajo*, núm. 10 (Santiago, 2000): 51.

17 Vitale, *Para recuperar la memoria histórica: Freí, Allende...*

18 Juan C. Gómez L., *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile 1925-1973* (Santiago: LOM ediciones, 2004).

19 Gabriel Salazar, Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, tomo 1, (Santiago: LOM ediciones, 1999).

ciertos paradigmas marxistas. Sin embargo, su “Conversación con Allende”²⁰ es más bien un ensayo filosófico que un análisis estrictamente histórico.

El peso de los análisis funcionalistas.

Las distinciones observadas anteriormente son ciertamente simplificadoras, pero tienen sin embargo el mérito de balizar el terreno. Sin duda, necesitarían ser ampliamente afinadas: numerosos son los autores chilenos que estudiaron, e investigan hoy, la Unidad Popular y que no se reconocerán completamente en ninguna de estas tres grandes categorías. Además, es necesario incluir las numerosas investigaciones realizadas fuera de Chile y dejadas de lado por Luí Moulián en su tentativa de clasificación. Por ejemplo, entre muchos otros, sería necesario recordar los diversos estudios del sociólogo estadounidense James Petras. En cuanto a la producción francesa podríamos referirnos al trabajo de Marie-Nöelle Sarget o al libro de Ingrid Seguel-Boccaro, dedicado a las “pasiones políticas” durante la Unidad Popular²¹. Se trata de una tesis de doctorado enfocada en la representaciones políticas y que apela al análisis socio-histórico propuesto por Norbert Elias, empleando también el concepto “de afectos políticos” teorizado por Pierre Ansart. Pero son, ante todo, las investigaciones anglosajonas que tuvieron una influencia duradera en la manera de comprender la UP y su dinámica. En particular, es el caso del relevante trabajo

desarrollado por la escuela funcionalista estadounidense, a partir de los años cincuenta, alrededor de Talcott Parson. En cuanto a Chile, ese enfoque es todavía dominado por las investigaciones de los años 80 del equipo de Arturo Valenzuela²² (Universidad de Columbia), que desembocó en obras de referencia, reflexiones basadas en la concepción de la democracia liberal y de sus necesarios consensos, tal como la pensó el politólogo español Juan Linz.

Esta escuela orienta su interpretación en el sistema político durante la Unidad Popular, interesándose en el campo institucional-estatal y en el funcionamiento de los partidos políticos (estrategia, dirección, relación con las instituciones y el parlamento). En resumen, la UP es interpretada como un momento de destrucción del sistema de la democracia representativa, bajo el peso de una polarización acelerada y de ruptura del “centro político”. Según Valenzuela, una de las características del sistema político chileno fue que se caracterizó, desde los años treinta, por una articulación entre los “extremos políticos” (los comunistas, los socialistas a la izquierda y los conservadores y nacionalistas a la derecha) y un centro dirigido por el Partido Radical, con características flexibles (es decir que podía aliarse tanto con su izquierda como con su derecha), un movimiento “pendular” que moderó el conjunto del sistema y favoreció la búsqueda de alianzas y consensos mayoritarios. Ahora bien, a partir de los años sesenta, la emergencia de la Democracia

20 Tomás Moulián, *Conversaciones interrumpidas con Allende* (Santiago: LOM ediciones, 1997).

21 Ingrid Seguel-Boccaro, *Les passions politiques au Chili durant l'Unité Populaire (1970-1973): un essai d'analyse systémique* (Paris: L'Harmattan, 1997).

22 Arturo Valenzuela, *The origins of democracy: theoretical reflections on the Chilean case* (Washington: The Wilson Center ed., 1983); *El quiebre de la democracia en Chile* (Santiago: FLACSO, 1989).

Cristiana, partido afirmando un “camino propio” firmaría la sentencia de muerte de un tal equilibrio, desplazando a los radicales y abriendo una caja de pandora de la triangularización del espacio político: los famosos “tres tercios”, cada uno articulándose en torno a proyectos globales distintos, excluyentes y minoritarios (siendo la “vía chilena al socialismo” el último y el más radical). La producción académica chilena fue particularmente sensible a este esquema epistemológico: una revisión de los trabajos de la FLASCO de los años ochenta/noventa y los libros ya “clásicos” sobre proceso político, democracia y democratización de los sociólogos Manuel Garretón y Tomás Moulián, subrayan la instalación epistemológica de tales análisis²³. Evidentemente, esa visión tiene mucho que ver con la “transición pactada” chilena de finales de los 80 y con el contexto en que se desarrollan esas teorías, abogando en pro de la “democracia de consensos” (neoliberal) que se instala en Chile a partir de 1989²⁴. Más recientemente, el historiador liberal Alfredo Jocelyn Holt sigue reivindicándose de esta corriente teórica: describe el “frágil equilibrio” del sistema político chileno y, a partir de 1964, a causa de lo que nombra el “mesianismo ideológico”, una radicalización política, juzgada deletérea para la estabilidad democrática²⁵.

La escuela funcionalista contribuyó de manera importante, sino en la elaboración, por lo menos en la consolidación, de la noción “de Estado de compromiso”, invocada por numerosos analistas en el

momento de comprender el sistema político chileno y su excepcional estabilidad constitucional en comparación a otros países del Cono Sur (Bolivia por ejemplo). En efecto, las elites chilenas lograron mantener la continuidad del Estado “liberal-oligárquico” (instaurado a mediados de los años veinte), institucionalizando parte de las reivindicaciones del movimiento obrero e incluyendo en el juego institucional a sus organizaciones sindicales y partidarias, con el fin de perpetuar el modelo de enclave del “capitalismo minero” y como producto de las múltiples movilizaciones de los trabajadores. Sin embargo, este “Estado de compromiso” desarrollista –destruido irremediablemente el 11 de septiembre de 1973– ha sido frecuentemente confundido, por investigadores chilenos y extranjeros, con un tipo de “democracia parlamentaria consensuada y estable, separada de las relaciones conflictivas entre las clases sociales. Así, el análisis funcionalista, y sus seguidores consientes o indirectos, tienden a evacuar –o a minimizar– la discontinuidad y conflictividad social sostenida sobre la cual se forjó esta estabilidad relativa institucional dominante. Porque si bien se puede hablar de la existencia de un compromiso entre la elites y una parte del movimiento obrero más organizado, es sin olvidar las crecientes desigualdades sociales, las represiones político-militares que atraviesan el siglo (por ejemplo en Puerto Montt en 1969), la exclusión de toda representatividad de fracciones enteras de las clases populares (campesinos, pobladores, trabajadores de

23 Manuel Garretón, 1983; Tomás Moulián, 1983; Manuel Garretón y Tomás Moulián, 1983

24 Ver Juan C. Gómez L., Mauro Salazar (coord.), *Tres décadas después. Lecturas sobre el derrocamiento de la Unidad Popular* (Santiago de Chile, Editorial ARCIS, 2004).

25 Alfredo Jocelyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar* (Santiago: Planeta/Ariel, 1999).

pequeñas y medianas empresas etc.) y las permanentes rebeliones de los de “abajo”. Gabriel Salazar ha subrayado, con razón, la presencia permanente de la violencia estatal y del autoritarismo, pero también de la violencia popular como forma de resistencia, como característica del régimen republicano chileno, muy lejos del lugar común de una democracia pacífica y consensual²⁶. Gómez Leyton incluso afirma, desde otra perspectiva, que

“en el Chile del siglo XX 1920-1973, la democracia no fue el régimen político predominante. Cuando éste existió no fue pacífico, ni estable. Por lo tanto no tuvo la duración que las ciencias sociales nacionales como extranjeras le atribuyen. [...] el régimen democrático en Chile tuvo una corta y agitada duración. Sostenemos que la democracia chilena existente entre 1958 y 1973 fue una democracia eminentemente subversiva; por ende, conflictiva, inestable y con importantes grados de violencia política”²⁷.

Entendemos que es precisamente llevando la mirada en esa *discontinuidad social* que podemos comprender una de las razones objetiva del surgimiento de una de las más importantes movilizaciones colectivas y proceso revolucionario que haya conocido América Latina desde la Revolución Cubana.

II.- ANÁLISIS HEGEMÓNICO Y NUEVAS PISTAS DE INVESTIGACIÓN

Una historiografía centrada en el campo institucional y los partidos políticos.

Si los análisis funcionalistas fueron, tímidamente a partir de los años 90 y más claramente en los años 2000, criticados por su insistencia unilateral sobre los efectos del sistema político institucional, hay que resaltar que la gran mayoría de los estudios sobre la UP, cualesquiera sean las disciplinas y las escuelas epistemológicas concernidas, siguen estando hasta el día de hoy marcadas por tal tendencia. Así, una matriz teórica dominante atraviesa todas sus corrientes, dejando varios ejes de investigación en el borde del camino.

En una investigación realizada en 2004, los historiadores Mario Garcés y Sebastián Leiva compararon los argumentos de un *corpus* de quince libros, publicados en Chile entre 1974 y 2004 y que son considerados como ineludibles sobre la cuestión. Sus primeras conclusiones permiten la afirmación siguiente: incluso si los diversos textos revisados provienen de miradas diferentes y de variadas disciplinas, “la tendencia de la mayoría de los estudios fue, hasta ahora, de constituir en objeto de análisis casi exclusivamente a los actores políticos “formales”, quiere decir a los partidos políticos, las temáticas ligados a éstos (programas, tácticas, alianzas) y los sectores donde éstos concentraban sus acciones (sobre todo en los diversos espacios del aparato estatal)”²⁸.

26 Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia contemporánea de Chile*, tomo 1, (Santiago: LOM ediciones, 1999).

27 Gómez L., *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad ...*, 9

28 Mario Garcés, Sebastián Leiva, *Perspectivas de análisis de la Unidad Popular: opciones y omisiones*, informe de avance, (Santiago: Universidad ARCIS, 2004).

Así, el énfasis está puesto, de manera casi exclusiva o insistente, en el papel de los partidos políticos y en el sistema institucional, considerado que estos encarnaron a los actores fundamentales del proceso, principalmente vía negociaciones a nivel del Congreso, gracias a la política pública llevada a cabo por el gobierno de Allende o por el peso de estos partidos en la dirección del movimiento obrero.

En el seno de esta matriz, podemos relevar orientaciones o ejes distintos. Algunos siguen apuntando a la desaparición del centro del sistema político y, en ese sentido, retoman –actualizándolas– las teorías de Eduardo Valenzuela. Paradójicamente, historiadores que pretendieron romper con esta orientación dominante, para recomponer un contexto socio-histórico mucho más amplio no siempre lo lograron: en su obra, Luis Corvalán Marquez, no alcanza de manera convincente este objetivo, a pesar del interés de su detallado trabajo sobre las tensiones y confluencias que atravesaron la política chilena entre 1970 y 1973²⁹. Otros autores ponen su atención en el peso de las contradicciones existentes entre los partidos políticos de izquierda, y en particular en aquellos que formaron el gobierno, empezando por el PC y el PS. Así Tomás Moulian, después de haberse distanciado de manera notable de sus escritos de los 80 con Garretón para acercarse al marxismo, argumenta que la derrota de la “vía chilena al socialismo” tiene efectivamente sus orígenes, por una parte en la incapacidad del gobierno para encontrar un terreno de negociación

creíble con la Democracia Cristiana; por otra parte, en la existencia de una división fratricida en el seno de la izquierda entre “revolucionarios moderados” (PC, ala reformista del PS, sectores cristianos) y los sectores “rupturistas”, cuyo peso desestabilizador fue acentuado por la presencia de un actor extraparlamentario: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR)³⁰. Es necesario señalar que es también, con algunos matices, la versión “oficial” que ha sido defendida por numerosos ex dirigentes de la izquierda parlamentaria chilena (entre los cuales están Luis Corvalán L., ex secretario general del PC). Por último, para otros investigadores, es entendiendo los errores tácticos y estratégicos de la coalición gubernamental que habría que buscar las condiciones que facilitaron el éxito fulgurante del golpe de Estado, más allá de la presencia clave de actores como Estados Unidos, la CIA, las FF.AA o la derecha. Fernando Mires (ex-dirigente del MIR y hoy profesor universitario en Alemania) en su libro dedicado a las revoluciones sociales en América Latina no vacila en describir los “pecados originales” de la UP³¹. Entre estos “errores estructurales”, el académico recuerda la poca viabilidad del programa de la UP, al apostar por el respeto inquebrantable del sufragio universal por parte de las fuerzas armadas y subraya el hecho que el sistema de co-gestión entre asalariados y Estado en el seno del Área de propiedad social (sector económico nacionalizado) excluía a amplias capas subalternas de la sociedad. Según Mires, la fuerte institucionalización de los principales partidos de izquierda en

29 Luis Corvalán M., *Los partidos y el golpe del 11 de septiembre: contribución al estudio del contexto histórico* (Santiago: CESOC, 2000).

30 Tomás Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM ediciones, 1997).

31 Fernando Mires, *La rebelión permanente. Las revoluciones sociales en América Latina* (México: Siglo XXI Editores, 1988).

el seno de un Estado todavía al servicio de las élites nacionales y transnacionales, imposibilitaba la ruptura revolucionaria que significaba, *in fine*, la “vía chilena”.

No cabe duda que estos diferentes enfoques, que intentan descifrar a la UP esencialmente a través de un estudio del campo político, son un aporte para todos aquellos que quieren comprender estos mil días de historia chilena. La política gubernamental, la acción de los partidos políticos, las reacciones del sistema institucional y la hostilidad de la mayoría del aparato estatal al programa de Allende son efectivamente fundamentales. Sin embargo, tal visión no parece suficiente si se quiere realmente renovar la historiografía de este periodo y, así, poder complejizar nuestra comprensión de este objeto de estudio, porque

“expuestas las cosas de esta forma, los grandes responsables políticos e históricos del quiebre del régimen democrático nacional serían, por lo tanto, el gobierno de la Unidad Popular, en particular, y los partidos políticos, en general. El primero por intentar realizar profundos cambios estructurales sin contar con el respaldo mayoritario a nivel electoral y social, y los segundos, por no haber sido capaces de establecer alianzas políticas estables y duraderas que permitieran la continuidad del sistema político. Por otro lado, los analistas han señalado también al sistema electoral e institucional existente como responsable del quiebre democrático, puesto que éste permitía acceder al gobierno a partidos o coaliciones partidistas sin

las mayorías electorales necesarias para dar estabilidad al sistema político”³².

¿El retorno de lo Social? Perspectivas para una visión renovada de mil días que estremecieron el mundo.

A pesar de la gran cantidad de investigaciones ya realizadas, el periodo de la Unidad Popular es rico en campos de investigación aún no explorados o poco desarrollados. En su balance, Garcés y Leiva aíslan dos, lo que denominan “grandes omisiones”. La primera estaría vinculada al papel de la intervención estadounidense en la desestabilización del régimen. A cuarenta años del golpe, relativizaremos esta afirmación, en la medida en que comisiones parlamentarias (como el informe Church en EE.UU. - 1974) y varias investigaciones serias ya han detallado la implicación del gobierno de Nixon. Los excelentes trabajos de Peter Kornbluth³³ o el reciente libro del Luis Corvalán Márquez³⁴ sobre el nivel de intervención de la CIA y financiación de la DC en contra de Allende, son aportes importantes y permitieron comprender mejor cómo el gobierno de Estados Unidos fue un actor clave del “drama chileno”. En cambio, es cierto que las recientes desclasificaciones de nuevos archivos de los servicios secretos de EE.UU.³⁵, en Paraguay (archivos de la Operación Cóndor) y ahora último, de miles de archivos de la dictadura en Brasil, abren un terreno nuevo de investigación

32 Gómez L., *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad...*, 8.

33 Peter Kornbluth, *The Pinochet File: A Declassified Dossier on Atrocity and Accountability* (USA: New press ed., 2004).

34 Luis Corvalán M., *La secreta obscenidad de la historia de Chile contemporáneo* (Santiago: Ceibo Ed., 2013).

35 Consultar la página web del “National Security Archive” de la Universidad George Washington: www.gwu.edu/~nsarchiv/latin_america/chile.htm.

en torno a ésta temática y de la influencia de los regímenes autoritarios de la región (Brasil en particular³⁶) en la preparación del golpe en Chile.

De la misma manera, desde un enfoque historiográfico sustentado en el análisis de las relaciones internacionales y del sistema-mundo capitalista como lo entiende Immanuel Wallerstein, también se podría avanzar en una nueva comprensión de la Unidad Popular, más allá de las causalidades meramente ideológicas y “endógenas” o nacional: por cierto, la participación chilena en el mercado mundial, las relaciones de intercambio con los Estados céntricos (del Norte) y con las empresas transnacionales, tuvieron un papel evidente en el fracaso de la UP, y son –por lo general– un tema poco trabajado por los investigadores³⁷.

La otra “omisión” historiográfica y zona oscura que queda por profundizar es paradójicamente aquella que tuvo relación con uno de los aspectos más relevantes de este proceso histórico: las luchas de los trabajadores, el impulso del movimiento social y los diversos repertorios de acción colectiva. “En la mayoría de los trabajos consultados, los sectores populares no constituyen actores sociales y políticos definidos desde su historicidad propia. Son pocos los historiadores que encaminaron investigaciones sobre los movimientos sociales y cuando lo hicieron reprodujeron

los enfoques dominantes”³⁸. Precisamente es ahí que se encuentra una posible y sumamente fructífera renovación de nuestras perspectivas historiográficas: reencontrar la dinámica del movimiento obrero y social, reubicar en el centro de los análisis los disensos y conflictos sociales y mostrar en qué medida pudieron –o no– adquirir una dinámica propia, no aislada del campo político, pero a veces en autonomía, incluso en contradicción con respecto al espacio institucional. Es entonces un regreso a lo social que proponemos realizar, siguiendo algunos –pero escasos– trabajos pioneros en el tema. Citemos las investigaciones de Hugo Cancino sobre la “problemática del poder popular”³⁹, los trabajos de Mario Garcés sobre los movimientos pobladores o (con S. Leiva) sobre el golpe de Estado visto desde el barrio La Legua⁴⁰ y, aporte importante, la tesis doctoral del historiador estadounidense Peter Winn sobre los “tejedores de revolución”⁴¹.

Winn centró su monografía en el estudio del monopolio textil Yarur, combinando, de manera original, la historia oral (numerosos testimonios) y la historia local (descripción de una industria). Por la vía de este trabajo de campo realizado durante la UP, logró establecer una visión general restituyendo en detalle los conflictos en el seno de la empresa, las “tomas” de fábricas y nacionalización, las tentativas de algunos militantes para constituir el Cordón Industrial O’Higgins,

36 Investigación en curso de Mila Burns de la City University of New York.

37 Luis Garrido, “Historiografía sobre la Unidad Popular: La Unidad Popular y las constricciones del sistema - mundo capitalista”, revista *www.izquierdas.cl*, N°15, abril 2013, USACH, p.104 – 124.

38 Garcés y Leiva, *Perspectivas de análisis de la Unidad Popular...*,15

39 Hugo Cancino, *La problemática del poder popular en el proceso de la vía chilena al socialismo 1970-73*, (Aarhus: Aarhus Universitet Press, 1988).

40 Mario Garcés, Sebastián Leiva, *El Golpe en la Legua. Los caminos de la historia y de la memoria* (Santiago de Chile: LOM ediciones, 2005).

41 Peter Winn, *Weavers of revolution. The Yarur workers and chile's road to socialism* (New York: Oxford university press, 1986).

la oposición del PC a esta reivindicación y las repercusiones del conflicto nacional a nivel de Yarur. A través de una historia a escala humana, demuestra de manera convincente, como el gobierno de Allende entra en tensión con la movilización social que él mismo participó en promover y de qué manera el legalismo de la UP es vivido por algunos obreros como un freno a lo que Winn llama la “Revolución desde abajo”. Es esta misma brecha historiográfica que elegimos seguir a través de nuestros múltiples trabajos realizados sobre el “poder popular” en medio urbano. Sin duda alguna, las múltiples formas de auto-organización en la base y el *poder popular constituyente* (particularmente aquellas de los Cordones Industriales⁴²), devuelven a la UP toda su dimensión colectiva y su dinámica dialéctica. Nuestro trabajo de tesis doctoral, iniciado hace más de 10 años y recientemente publicado bajo un formato actualizado, permite poner a la luz del día otra visión de los mil días de la UP, considerados esta vez “desde abajo” y a partir de las *políticas del conflicto*, como ha sido definido por Charles Tilly o Sydney Tarrow en sus estudios de las experiencias revolucionarias del siglo XX⁴³. Vemos entonces emerger lo que Tarrow llama “poder en movimiento”. Del impulso nacido de la participación de los asalariados en el sector nacionalizado, orientado por el gobierno, al desbordamiento de las direcciones partidistas de izquierda; de la crisis del aparato sindical hasta la emergencia de los Cordones industriales;

de los ensayos de abastecimiento directo a los barrios populares a la movilización de algunos campamentos, asistimos a diversas irrupciones de autogestión y poder popular. Esta “epopeya” del movimiento social se encuentra en repetidas ocasiones en desfase con el espacio institucional y político y, caso notable, incluso con el legalismo gubernamental. Aún allí, la técnica de la historia oral combinada con el trabajo de fuentes escritas permite evitar los análisis reductores. Los relatos de vida permiten reconstituir la dimensión microsocia, podríamos decir “molecular”, de las acciones colectivas. En resumen, comprender de qué manera las movilizaciones y las trayectorias individuales pueden combinarse con el conflicto global⁴⁴.

Por esta razón, la hipótesis avanzada por María A. Illanes es sumamente pertinente para futuras investigaciones.

“Durante la Unidad Popular se desencadena un proceso revolucionario y una lucha ideológica que, al contrario de lo que dice esta historiografía [dominante], no logra transformarse en una dicotomía simple, ni traducirse en oposiciones claramente contradictorias al interior del régimen de la Unidad Popular. Creo que no logra instalarse la opresión desde arriba y la revolución desde abajo. Al contrario, se trata de un proceso que surgió de las condiciones mismas de la “revolución prisionera” en la cual los sectores populares no perdieron, hasta el final, la iniciativa”⁴⁵.

42 Los cordones industriales son coordinaciones de sindicatos que se involucran en una dinámica de control y de participación de los asalariados, que “sobrepasa” la CUT (la central sindical) y las direcciones de los partidos políticos.

43 Franck Gaudichaud, *Chili 1970-1973. Mille jours qui ébranlèrent le monde* (Rennes: Presses universitaires de Rennes/ Institut des Amériques, 2013).

44 Franck Gaudichaud, *Poder Popular, participación de los trabajadores y Cordones industriales. Testimonios sobre la dinámica del movimiento popular urbano durante el gobierno de Salvador Allende* (Santiago: LOM/DIBAM, 2004).

45 María A. Illanes, *La batalla de la memoria* (Santiago: Planeta/Ariel, 2002), 183.

En esta óptica, el legítimo y necesario “retorno a lo social” debe evitar la ilusión de un proceso social separado de lo político, para saber articular, al contrario, los dos espacios intrínsecamente ligados entre sí durante este periodo de grandes cambios revolucionarios. Como lo señala Sergio Grez, después del boom de la “nueva historia” chilena (a mediados de los años ochenta) que reintrodujo la vida cotidiana de los trabajadores pobres y del “bajo pueblo” en el centro del debate académico, se trata de elaborar una *historia social y política* de los actores populares⁴⁶. Podemos entonces pensar en el aporte que podrían entregar nuevos estudios sobre la dinámica del movimiento social urbano (netamente en provincia), sobre las movilizaciones campesinas y las corridas de cerco que se organizaron en conjunción con la política de reforma agraria o incluso nuevas investigaciones sobre el movimiento de pobladores.

Es esencial notar que esta renovación historiográfica ya está en camino desde algunos años. Es lo que demostró la obra colectiva coordinada por Julio Pinto⁴⁷. Las temáticas abordadas no dejan de lado el campo institucional (con un análisis de la crisis del discurso estratégico de los partidos de izquierda u otro dedicado a las Fuerza Armadas) pero se detienen igualmente en el movimiento sindical y sus disidencias; en los comités

de base de la iglesia y en el movimiento de “Cristianos por el socialismo”, en las producciones culturales y musicales populares, en las poblaciones de los barrios periféricos, etc... Una nueva generación de historiadores y científicos sociales chilenos y extranjeros está comprometida en esa renovación. Citemos, como ejemplos de trabajos que se inscriben en esa estela, las primeras investigaciones (memorias de Licenciatura o de Magister) de Boris Cofré sobre pobladores y el campamento Nueva Habana⁴⁸, de Renzo Henríquez sobre la comuna de Maipú y el Cordón industrial⁴⁹ o de Sandra Castillo sobre el poder popular⁵⁰.

¿Quiere decir que en estas condiciones las investigaciones sobre los partidos políticos, los dirigentes políticos, las políticas públicas, las relaciones internacionales o las instituciones carecerán ahora de interés? Evidentemente, la respuesta es negativa. Queda aún mucho que hacer en este campo. La biografía política de Salvador Allende que acaba de publicar el historiador del Estado español Mario Amorós es una demostración clara que, incluso sobre un personaje ya muy conocido, se puede innovar y renovar la historiografía, gracias a un sólido trabajo de fuentes⁵¹. Otro ejemplo: los estudios sobre las derechas emprendidos en Chile por Verónica Valdivia Ortiz de Zárate o en Francia por Stéphane Boisard, abren

46 Sergio Grez T., “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)” en *Política*, Vol. 44, (Santiago, 2005).

47 Julio Pinto V., (Coord.), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM ediciones, 2005).

48 Boris Cofré S., *Campamento Nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores: 1970-1973* (Santiago de Chile: Escaparate, 2007).

49 Renzo Henríquez G., *Cordón Cerrillos Maipú. Experiencia en movimiento y ejercicios de poder popular*, Monografía de conclusión curso, Universidad ARCIS, Santiago, 2008.

50 Sandra Castillo, *Cordones Industriales: nuevas formas de sociabilidad obrera y organización política popular (Chile, 1970-1973)* (Santiago de Chile: Escaparate, 2009).

51 Mario Amorós, *Allende. La biografía* (Santiago: Ediciones B, 2013).

nuevas interrogantes y campo de trabajo muy estimulantes. Solamente, tales estudios políticos deberán tomar en cuenta e integrar la dimensión social del conflicto político que constituyó la UP. Corriendo el riesgo, en caso contrario, de obliterar una parte entera y fundamental de la realidad chilena de los años setenta.

ELEMENTOS DE CONCLUSIÓN

Al término de este balance, esbozamos brevemente diferentes orientaciones historiográficas que es posible distinguir en cuanto a la metodología empleada o a los paradigmas solicitados para entender la Unidad Popular. Se trata aquí sólo de una presentación que merecería ser extensamente desarrollada. Con este propósito sería juicioso introducir otros criterios que los presentados aquí. Podríamos por ejemplo hacer una clasificación por temáticas abordadas: las relaciones internacionales (citemos los estudios imprescindibles de Olga Ulianova sobre la influencia soviética o de Tania Harmer sobre el impacto de la guerra fría en Chile⁵²), la política económica del gobierno (tesis doctoral realizada en Bélgica por Héctor Vega⁵³ o el libro de Eden Medina sobre el “plan cibernético”

de planificación de Allende⁵⁴), la memoria militante de la UP⁵⁵ que podría “acompañar” los libros de Steve Stern (sobre la memoria de la dictadura.), las Fuerzas Armadas (Libros sobre los marinos “que dijeron no” de Jorge Magasich⁵⁶), la CUT y el movimiento sindical (parte de nuestro propio trabajo y tesis doctoral inédita del historiador Augusto Samaniego⁵⁷) la izquierda extraparlamentaria (doctorado de Eugenia Palieraki sobre los orígenes del MIR)⁵⁸, el debate cristiano-marxismo durante la UP (Investigación en curso de Marcos Fernández, Universidad Alberto Hurtado), la problemática de los medios de comunicación (trabajos de Armand Matelart y doctorado en curso del politólogo francés Antoine Faure), la problemática cultural y musical, el cine-documental etc... Para completar tal panorama, habría también un gran interés en adentrarse más en una historia social de los de “arriba”: por ejemplo, ¿cómo los grandes latifundistas vivieron la UP y actuaron frente a la reforma agraria? ¿Cómo entender y hacer la historia de los patronos, de la SOFOFA y de las clases dominantes durante este periodo clave?

Globalmente, estos diferentes enfoques confirman que los “paisajes de la verdad” de la UP están lejos de ser uniformes

52 Tanya Harmer, *Allende y la Guerra fría interamericana* (Santiago: Ediciones UDP, 2013).

53 H. Vega, “Chili 1970-1973 : la politique économique de la transition au socialisme”, thèse de Doctorat, Université Libre de Bruxelles, Institut de Sociologie, Bruxelles, 1980.

54 Eden Medina, *Revolucionarios cibernéticos: tecnología y política en el Chile de Salvador Allende*, (Santiago: LOM Ediciones, 2013).

55 José del Pozo, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad popular* (Santiago: Ediciones Documentas, 1992).

56 Jorge Magasich A., *Los que dijeron No. Historia del movimiento de los marinos antigolpistas de 1973* (Santiago: LOM Ediciones, 2008); ver también el breve ensayo sobre el periodo de este historiador: *Allende, la UP y el golpe* (Santiago: Editorial Aun creemos en los sueños/Le Monde Diplomatique, 2013).

57 Augusto Samaniego M., “Les stratégies syndicales de la “Centrale Unique des travailleurs” et l’action socio-politique des salariés (1953-1973)”, thèse de doctorat en sociologie, (Paris: Université Paris 8, 1998).

58 Eugenia Palieraki E., “Histoire critique de la “nouvelle gauche” latino-américaine. Le Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) dans le Chili des années 1960”, thèse de doctorat en histoire, (Paris: Université Paris 1–P. Universidad Católica de Chile, 2009).

y que esta historia es un lugar de debate siempre presente donde se entrecrocaban diversas visiones del mundo, diferentes corrientes epistemológicas, que, buscando indagar el pasado son forzosamente también dependientes de los desafíos y tensiones político-sociales del tiempo presente. Cuando se aborda el Chile de esta época, nos insertamos completamente en la “batalla de la memoria” que divide todavía a la sociedad chilena, cuarenta años después⁵⁹. Así como por la Revolución Francesa u otros eventos históricos mayores, la UP nos recuerda que no puede existir frontera completamente hermética entre el análisis histórico, los conflictos políticos y las apuestas memoriales⁶⁰. Los balances son contradictorios y lo serán aún mucho tiempo más, alimentando así la discusión.

Sin embargo, más allá de las diferencias, pudimos mostrar ciertas tendencias de fondo que marcaron hasta hoy los estudios de este periodo y la existencia de una historiografía a menudo enfocada en el campo institucional y los partidos políticos, con una influencia fuerte de las escuelas funcionalistas anglosajonas. Frente a tal constatación, no es exagerado afirmar que las investigaciones sobre los mil días de la Unidad Popular sufren todavía de un grave déficit. Como lo acaba de reiterar Peter Winn en su pequeño ensayo sobre la “revolución chilena”, hay que profundizar la historia de “la revolución por abajo”, enfo-

cada en la vida y las acciones colectivas de los sectores populares movilizados, actores centrales de esta experiencia histórica y a veces, actores olvidados de la academia. Y si es justificado llamar la atención de los investigadores de lo que se trama en la base de la sociedad, no podremos examinarlo aisladamente, separado de su contexto y de sus relaciones orgánicas con los partidos, el gobierno, el Estado y los otros espacios sociales. Así, la renovación de la historiografía de la Unidad popular podría pasar por estudios encaminados sobre las articulaciones y desacuerdos entre el campo político y el movimiento social, entre las identidades partidistas y las movilizaciones colectivas, sin olvidar aquellas que conciernen las capas medias y superiores. Esta orientación podrá apoyarse en investigaciones de terreno (a través de estudios de caso locales⁶¹), permitiendo un desarrollo del debate teórico sobre la dinámica del proceso revolucionario chileno.

Tales perspectivas deberían permitir devolver su lugar y toda su *historicidad* a los actores sociales, y abrir nuevas vías de investigación, con el fin de considerar este periodo de ruptura, también resultado de un tiempo largo, heredado de los frentes populares de los años treinta. Si la historiografía sobre Chile gana tal apuesta, tendremos entonces la oportunidad de renovar problemáticas por mucho tiempo reducidas a un análisis en términos de

59 Illanes, *La batalla de la memoria...*

60 Es lo que vino a recordar la polémica que siguió la detención del General Pinochet en Londres, en 1998, especialmente con la publicación de un “manifiesto de historiadores”, respondiendo a la “carta a los chilenos” del exdictador.

61 Citemos, como ejemplo, la investigación de Aníbal Navarrete sobre la fábrica textil de Tomé o el Magister de historia en curso de Felipe Sánchez (Universidad Católica de Chile) sobre los obreros rurales de la provincia de Llanquihue en la Reforma Agraria de la Unidad Popular.

“polarización del sistema político”, para evolucionar hacia una visión más compleja, incluso dialécticamente contradictoria, de este proceso. Y, al mismo tiempo, hacer resurgir algunos de los “tesoros perdidos” (para parafrasear a Hannah Arendt en su ensayo sobre la revolución) de este episodio fundamental de la historia del siglo XX.

